

Gerardo Chávez

**Retrospectiva personal
1980-1997**

Ha tenido una vida aventurera, difícil, y, como muchos pintores, es un hombre sólidamente asentado sobre tierra firme, con raíces en las cosas y unos sentidos ávidos de realidad. El mundo que ha creado con sus pinceles, sin embargo, es todo imaginación, sensibilidad, poesía, y, como lo sugieren los títulos delicados y risueños que pone a veces a sus cuadros, viene enteramente de ese sueño de la razón que, según dijo Goya, engendra monstruos.

Lo turbador de los monstruos de Chávez es que, a diferencia de aquéllos que crearon sus remotos maestros flamencos, el Bosco o Bruegel, y que pintan el infierno y los demonios, ellos no nos espantan sino, más bien, despiertan nuestra solidaridad y nos enternecen. Son unos seres imprecisos, que tienen de pez, de batracio, de espermatozoide y de animal antediluviano, que danzan, luchan, gesticulan y, últimamente, ruedan por unas geografías húmedas y montañosas. Lo más sorprendente de estas figurillas y lo que sin duda conmueve más a quien las mira es su desamparo. Parecen a medio hacer o estarse deshaciendo. Han sido sorprendidas –inventadas– en ese punto límite donde la vida está empezando o cesando, en esa frontera en que la nada parece recién derrotada o a punto de recobrar sus fueros. La más notoria cualidad del mundo creado por Chávez es, por eso, la precariedad, su condición casi evanescente y volátil. ¿No es ésa la definición del sueño, de esa humanidad onírica que el inconsciente hace y deshace cuando nuestra razón reposa?

Ese mundo suyo, frágil y suntuoso, bello y discreto, Chávez lo ha ido forjando, perfeccionando, depurando, liberando de

influencias, mediante una técnica cada vez más segura y más propia. De su arte se puede decir algo que es raro: que siendo, de exposición en exposición, más congruente y leal consigo mismo, ha ido siendo también, cada día, más original y más profundo.

Mario Vargas Llosa
Lima, 1978

Como un poseído doy vueltas a mis ideas
esperando atacar lo que mañana podría ser
un cuadro; pero me muerdo en el silencio
tratando de organizar armoniosamente
mis propios fantasmas.

No terminan de producirse los primeros gestos
de mis trazos, y yo me siento otro,
mi cuerpo vibra, se asegura de su sangre,
y los trazos siguen creciendo,
hasta vomitar lo escondido de mi real sueño.
Pienso en ti, Huanchaco, un atardecer rompe
en tus olas para mojar te de amor
con su primer beso.

No muy lejos, te contempla Chan Chan,
templos de barro antiguo, de pájaros y peces
sabiamente estilizados; tus caminos guerreros
hacen de mi creación el más profundo presente.
Sufrientes formas retorcidas vienen a mí,
fantasmas, sombras y hombres
hacen al nuevo híbrido de mis personajes.
Y también te recuerdo, Paiján,
pueblito del Norte, parque frutal de mi niñez,
de tus cuentos de medianoche,
de tu heráldico diablo a caballo blanco,
arrasando de fuego sus calles de silencio.
Más tarde un horizonte de perros sin rostro
brillan sus dientes, el hombre se retuerce,
nace el transparente habitado, las ranas

de enorme sexo danzantes trepan
en las penumbrosas siluetas de mujeres eternas.
Muy cerca a nosotros, una masa
de animal-hombre carga desesperadamente
el último ídolo imaginario de la libertad.

Gerardo Chávez
Lima, 1981

Autopsia de *El otro ekeko*

A pesar de que la pintura ha sido, desde hace casi medio siglo, el objeto de una formidable tentativa de investigación –con todos los instrumentos de precisión de los cuales dispone una crítica formada en la escuela de las ciencias humanas modernas– para dilucidar el misterio de la creación artística, parece que se ha progresado poco en el esclarecimiento de la relación que mantiene un artista con sus personajes. Máscara que revela tanto como disimula, forma externa de los monstruos íntimos, figura del deseo tendido hacia el objeto deseado: el personaje es el revés aparente de una realidad profunda, inaccesible por otros medios más que por la visión artística. Realidad individual y única, pero también realidad colectiva que yace en el patrimonio sensible de la comunidad: el mito personal es entonces un arquetipo.

Con *El otro ekeko*, Chávez otorga, por primera vez, a una de sus creaciones, consciente y voluntariamente, la figura de una divinidad del panteón original de la civilización aimara. Pero, embocándose por un camino donde el mito se ve recargado de todo su poder emocional, hace remontar hasta los orígenes todo el itinerario que el ekeko ha descendido con el transcurso de los siglos, desde el dios Tunupa, amo del rayo, dotado de la fuerza fecundante de la luz, hasta transformarse en ese pequeño hombrecillo regordete y popular, figura de papel

machacado cubierta de los signos de las opulencia, barrigón y jovial, tal como lo describe Díez de Medina: “Ventre voluminoso, joroba prominente, carrillos abultados en los que campea el gozo y la sonrisa chacotera, y al que no le faltan las cualidades privativas de su singular persona”.

Tomando sistemáticamente a contrapelo la figura del diosecillo, Chávez le devuelve la dimensión imponente de los ídolos de piedra, con sus poderes recuperados, su sexo erecto, su fuerza fecundante, su evidente y benevolente presencia.

El uso reciente de soportes zafios –hoy tela de sacos, ayer paneles hechos de desperdicios de cartón aglomerado*– da a las composiciones de Chávez este aspecto “primitivo” que recuerda de repente las épocas remotas donde el artista –obligado al uso de lo que le ofrecía su entorno– recogía los pigmentos de la tierra, el carbón, el sílex, para inscribir sobre la roca las figuras mágicas de lo imaginario.

Nada más actual ni más urgente para el artista que echar mano de todo lo que le permitirá la restauración de los poderes del espíritu. En el montón de desechos de un mundo en migajas donde fuerzas malsanas tienden hacia la aniquilación de los individuos y la desintegración de las cosas, él puede ser aquél que obra como recuperador. Entre los escombros, existen todavía valores que deben ser separados de su ganga y liberados de su polvo: Chávez encuentra aquí al ekeko, resto del naufragio de la cultura aimara, pero también Polifemo, el cíclope de *La odisea* de Homero, en el momento en que la civilización grecolatina se hunde a toda velocidad en el olvido.

En realidad, es toda una panoplia de referencias que enarbolaba *El otro ekeko*: referencias a los cuadros anteriores donde

* Exposición Boulevard de l'Imaginaire, galería L'Imaginaire. Lima, 1990

figuran hasta la obsesión seres y objetos fetiches, referencias a la pintura de los otros –el Bosco, Picasso y también Matta, otro creador de ídolos–. Pero este conjunto evidencia en la obra de Chávez un cambio de signo: lo que antes estaba marcado por la violencia y la pulsión de muerte, se encuentra aquí desbordante de generosidad y humor en una tela donde el placer del juego pone de manifiesto, ante todo, la alegría de vivir.

Le pertenece al pintor decir qué lo condujo a introducir esta fuerza apacible y juguetona en una obra asediada anteriormente por los monstruos y los fantasmas, pero en todo caso uno puede encontrar aquí la expresión de un acto de fe.

Se sabe que el ekeko, retirado del anaquel de los *souvenirs* para turistas, puede aún venir a habitar intensamente los sueños de las mozas indias del país aimara en búsqueda de un marido cuando se acerca la feria de Alasitas en La Paz, el 24 de enero. *El otro ekeko*, erigido por Chávez a la luz del museo o de la galería de arte, testimonia la capacidad del artista para volcar en la conciencia humana las energías contenidas en el mito.

Daniel Lefort
Junio, 1991